

TERZKY.—¿Qué hacer?

WALLESTEIN.—¿No lo decía yo? ¡Oh corazón mío leal! Está aquí todavía. No me ha hecho traición, no ha podido hacérmela... Nunca he dudado de él.

LA CONDESA.—¡Oh! ¡Si está aquí todavía, todo va bien, porque yo sé lo que lo retendrá perpetuamente! (Abrazando á Tecla.)

TERZKY.—No puede ser. Reflexionad que su padre nos la vendido, y pasándose al Emperador; ¿cómo se aventurará el hijo á quedarse aquí?

ILLO. (A Wallenstein.)—Pocas horas hace que lo ví llevar por la plaza el tren de caza, que le regalaste recientemente.

LA CONDESA.—¡Oh sobrina mía! Entonces no está lejos.

TECLA. (Que mira hacia la puerta.)—¡Vedlo ahí!

ESCENA XVIII

LOS MISMOS y MAXIMILIANO PICCOLOMINI.

MAXIMILIANO. (Adelantándose hasta el centro de la escena.)—
¡Si, sí; aquí está! No puedo ya dar vueltas alrededor de esta casa furtivamente, y acechar la ocasión favorable... ¡Esta incertidumbre, esta angustia son superiores á mis fuerzas! (Dirigiéndose á Tecla, que se ha arrojado en los brazos de su madre.) ¡Mirame! ¡No apartes de mí tus ojos, ángel divino! Confíesalo libremente delante de todos. A nadie temas. Sepan todos que nos amamos. ¿A qué ocultarlo? El misterio es para los afortunados; la desdicha sin esperanza no usa disfraz alguno, y puede mostrarse á la faz de millares de soles. (Observa á la Condesa, que mira á Tecla con alegría.) ¡No, tía Terzky, nada espero ni nada me sonrío;

no vengo para quedarme aquí, vengo sólo á despedirme... ¡No hay remedio! Yo debo, yo debo, oh Tecla, abandonarte... yo lo debo. Pero no quiero llevar conmigo tu odio. Concédeme sólo una mirada de compasión; dí que no me aborreces. ¡Dimelo, Tecla! (Coge su mano, profundamente conmovido.) ¡Oh Dios, Dios mío! No puedo abandonar este lugar. Yo no puedo... no puedo soltar esta mano. Dime, Tecla, que me compadecees, que tú misma estás convencida de que no puedo obrar sino como lo hago. (Tecla, esquivando sus miradas, señala con la mano á su padre; él se vuelve hacia el Duque, á quien ve entonces.) ¿Tú aquí?... No es á tí, á quien yo busco. Mis ojos no debían verte más. Sólo á ella me dirijo. Sólo esperaba que su corazón me declarase libre, puesto que nada me importan los demás.

WALLENSTEIN.—¿Crees tú que yo seré bastante loco para dejarte marchar, y que representaré contigo una farsa de generosidad? Tu padre ha sido un pérfido, y tú no eres ya más que su hijo, y no en vano has caído en mi poder. No imagines que he de tener en cuenta nuestra antigua amistad, hollada por él tan indignamente. Los tiempos de dulces afectos pasaron ya, los de las consideraciones y deferencias, y ahora reinan tan sólo el odio y la sed de venganza. Yo puedo ser tan inhumano como él.

MAXIMILIANO.—Puedes tratarme como te plazca. Bien sabes, sin embargo, que ni me burlo de tu ira, ni la temo. El lazo que aquí me detiene, ¿sabes cuál es? (Cogiendo la mano de Tecla.) ¡Escúchame! ¡Todo, todo quería yo debértelo agradecido! Yo quería recibir mi ventura de tu mano paternal. Tú la has destruido, aunque poco te importe. Indiferente huellas en el polvo la ventura de los tuyos, porque el Dios, á quien tú adoras, no es el Dios de la gracia. Comó á elemento desenfrenado, ciego y formidable, sigues tú tan sólo el impulso feroz de tu corazón. ¡Ay de los que en tí confiaron! ¡ay de los que te eligieron por ci-

miento de su dicha, atraídos por tu rostro benévolo! En el momento más inesperado, en el silencio solemne de la noche, se los traga en un instante engañosa sirena de fuego, y con atronadora violencia el rápido torrente devasta las obras del hombre, y las condena á horrible destrucción.

WALLENSTEIN.—Pintas el corazón de tu padre. Como tú lo describes; así son sus entrañas, así es la negra hipocresía de su alma. ¡Oh! ¡una trama infernal me ha engañado! El Averno me envió el más pérfido de sus demonios, el más engañoso, y lo puso á mi lado como amigo. ¿Quién puede resistir el poder del infierno? Amamanté á mis pechos un basilisco; lo alimenté con mi sangre, y se llenó con los jugos de mi cariño. Nunca sospeché de él; le abrí de par en par las puertas de mi pecho, y le entregué las llaves de la sabia prudencia. Entre los astros, en el vasto firmamento buscaban mis ojos á mi enemigo, ¡y lo guardaba en lo más recóndito de mi corazón! ¡Si yo hubiese sido para Fernando lo que Octavio ha sido para mí...! Jamás le hubiera declarado la guerra... jamás hubiera podido hacerlo. Era sólo mi iracundo señor, no mi amigo. El Emperador no se fiaba de mi lealtad. La guerra se había ya encendido entre nosotros, cuando puso en mis manos el bastón de mando, porque la guerra existe siempre entre la astucia y el recelo, y sólo reina la paz entre la fe y la confianza. El que emponzoña la fidelidad, mata en el seno de su madre á todos sus hijos.

MAXIMILIANO.—No quiero defender á mi padre. ¡Ay de mí! no puedo tampoco defenderlo. Sucesos infaustos han sobrevenido, y los crímenes, en espesa cadena, se estabonan con los crímenes. Pero ¿cómo nosotros, inocentes, hemos caído en este abismo de infortunio y de perversidad? ¿Contra quién hemos sido perjuros? ¿Por qué razón la doblez y los hechos punibles de nuestros padres nos han de entrelazar como serpientes mortíferas? ¿Por qué el odio

irreconciliable de nuestros padres ha de desgarrarnos á nosotros, que nos amamos? (Abraza á Tecla, presa del más vivo dolor.)

WALLENSTEIN. (Después de observarlo en silencio, y acercándose á él.)—¡Quédate á mi lado, Maximiliano...! ¡No te separes de mí, Maximiliano! Recuerda cuando en Praga, en cuarteles de invierno, te trajeron á mi tienda: eras un niño delicado, no endurecido por los hielos de Alemania; tus manos yertas estaban adheridas á la pesada bandera, sin quererla soltar. Yo te abrigué entonces, cubriéndote con mi capa; yo mismo te asistí, sin avergonzarme de servirte de madre; yo cuidé de tí con solicitud maternal, hasta que tú, a mi calor, recobraste gozoso tu vigor juvenil. Desde entonces, ¿no he sido siempre el mismo para tí? He hecho ricos á millares de hombres, los he dado tierras, los he llenado de honores... á tí sólo ha amado mi corazón, á tí sólo se ha entregado todo mi sér. Todos ellos eran gente extraña; tú, hijo de mi casa... Maximiliano, ¿tú no puedes abandonarme! No, no puede ser; ni puedo, ni quiero creer que Maximiliano haya de abandonarme.

MAXIMILIANO.—¡Oh Dios!

WALLENSTEIN.—Tu sostén y tu guía he sido yo desde tu niñez... ¿Qué ha hecho tu padre por tí, que yo no haya hecho con exceso? Te he envuelto en una red de cariño; desgárrala, si te atreves... únete á mi los lazos más tiernos, que encadenan las almas, los vínculos naturales más santos, que estrechan á los hombres entre sí. Véte, pues; abandóname; sirve á tu Emperador; que te premie con una cadenilla dorada, con su toisón de oro, ya que nada vale en tu estimación tu amigo, el padre de tu juventud, ni los más sagrados sentimientos.

MAXIMILIANO. (Presa de lucha violenta.)—¡Oh Dios! ¿Qué otra cosa he de hacer? ¿No debo hacerlo...? Mi juramento... el deber...

WALLENSTEIN. — ¿Deber? ¿Hacia quién? ¿Quién eres tú? Si yo soy injusto con el Emperador, más es la injusticia, no tuya. ¿Eres tú dueño de tí mismo? ¿Mandas en tí, eres libre en el mundo, como yo, de suerte que seas único responsable de tus acciones? Tú descansas en mí; yo soy tú Emperador, y ser mío, obedecerme, es tu honor, tu ley natural. Y si el planeta, en que vives y habitas cae de su órbita, y ardiendo se precipita en el planeta más cercano, y lo abraza, no puedes decidir si habrás ó no de seguirme, sino que te arrastrará con la fuerza de su caída, con su círculo y todos sus satélites. Leve duda es la tuya en esta contienda, y las gentes no criticarán, sino, al contrario, alabarán que la amistad haya en tí vencido.

ESCENA XIX.

Los mismos y NEUMANN.

WALLENSTEIN. — ¿Qué hay?

NEUMANN. — Los soldados de Pappenheim se han desmontado, y pie en tierra están resueltos á asaltar esta casa á viva fuerza, para libertar al Conde.

WALLENSTEIN. (A Terzky.) — Que se suelten las cadenas, y se prepare la artillería. Quiero que la metralla los reciba, (Vase Terzky.) ¡Imponerme la ley á mano armada! Andá, Neumann, que se retiren al momento; tal es mi orden, y que aguarden en silencio mi determinación. (Vase Neumann. Illo se asoma á la ventana.)

LA CONDESA. — ¡Dejadle que se vaya! Dejadle, por Dios, que se vaya.

ILLO. (En la ventana.) — ¡Muerte y condenación!

WALLENSTEIN. — ¿Qué ocurre?

ILLO. — Asaltan el Ayuntamiento, arrancan el techo, y apuntan sus cañones hacia aquí...

MAXIMILIANO. — ¡Qué locura!

ILLO. — Se aprestan á tirar ..

LA DUQUESA y LA CONDESA. — ¡Dios del cielo!

MAXIMILIANO. (A Wallenstein.) — Déjame bajar para indicárselos...

WALLENSTEIN. — ¡No des un solo paso!

MAXIMILIANO. (Señalando á Tecla y á la Duquesa.) — ¡Pero sus vidas! ¡La tuya!

WALLENSTEIN. — ¿Qué nuevas traes, Terzky?

ESCENA XX.

Los mismos, y TERZKY, que vuelve.

TERZKY. — Nuevas de nuestros fieles regimientos. No pueden refrenar su ardor, y piden permiso para combatir contra ellos; son dueños de las puertas de Praga y de Mühl; y si tú lo ordenas, atacarán por la espalda al enemigo, lo encerrarán en la ciudad, y lo vencerán sin trabajo en las calles.

ILLO. — ¡Oh, ven! ¡Que no se enfríe su entusiasmo! Los soldados de Butler nos son fieles; somos más en número; los venceremos, y aquí, en Pilsen, terminará la sedición.

WALLENSTEIN. — ¿Se ha de convertir esta ciudad en campo de batalla, y una lucha fratricida, rebosando fuego por los ojos, ha de ensordecer sus calles desenfrenada? ¿Ha de encomendarse la terminación de esta pelea á la rabia ciega, que desatiende la voz de mando? Aquí no hay espacio para combatir, sino para degollar. La ira, en su furia formidable, no escuchará á ningún general. ¡Pero, en fin, sea así!

Largo tiempo hace que he pensado, que esto sólo puede acabar de una manera rápida y sangrienta (Volviéndose hacia Maximiliano.) ¿Qué resolvemos? ¿Quieres tentar conmigo el vado? Libre eres de partir. Ponte frente á mí. Guíalos á la batalla. Tú entiendes el arte de la guerra, que has aprendido de mí; no debo avergonzarme de mi adversario, y no encontrarás en tu vida mejor ocasión que ésta para pagarme mis lecciones.

LA CONDESA. — ¡A este punto hemos llegado? ¡Sobrino, sobrino! ¿Podrás resistir esto?

MAXIMILIANO. — Yo he prometido llevar otra vez al Emperador los regimientos leales, que se me han confiado, y lo cumpliré ó moriré. Es sólo lo que exige mi deber. No pelearé contra ti mientras pueda evitarlo, porque tu cabeza, aun proscrita, es sagrada para mí. (Suenan dos tiros. Illo y

Terzky corren á la ventana.)

WALLENSTEIN. — ¿Qué tiros son esos?

TERZKY. — ¡Cayó!

WALLENSTEIN. — ¡Cayó! ¿Quién?

ILLO. — Los de Tiefenbach dispararon.

WALLENSTEIN. — ¿Contra quién?

ILLO. — Contra ese Neumann, á quien enviaste...

WALLENSTEIN. (Con viveza.) — ¡Muerte y condenación! Entonces quiero yo... (Haciendo ademán de salir.)

TERZKY. — ¡Y desafiar su ciego furor!

LA DUQUESA Y LA CONDESA. — ¡No, por Dios!

ILLO. — Ahora no, mi General.

LA CONDESA. — ¡Detenedlo, detenedlo!

WALLENSTEIN. — Dejadme.

MAXIMILIANO. — No, ahora no. Este acto irreflexivo y sanguinario ha aumentado su ira; espera que se arrepientan...

WALLENSTEIN. — ¡Lejos de aquí! Harto he tardado ya en salir. Han osado cometer ese crimen, por no haber visto mi rostro... Es necesario que me vean, que oigan mi voz...

¿No son mis tropas? ¿No soy yo su general, y su temido señor? Dejad que me contemplen, á ver si desconocen al que era su sol en la oscuridad de las batallas. No hay necesidad del empleo de las armas. Yo me mostraré desde este balcón al ejército amotinado, y se refrenarán en seguida, no lo dudéis, y su ánimo excitado volverá á someterse á la antigua obediencia. (Vase, y con él Illo, Terzky y Butler.)

ESCENA XXI.

LA CONDESA, LA DUQUESA, MAXIMILIANO y TECLA.

LA CONDESA. (A la Duquesa.) — Cuando lo vean... hay aún esperanza, hermana.

LA DUQUESA. — ¡Esperanza! Ya no la tengo.

MAXIMILIANO. (Que lejos, en violenta lucha consigo mismo durante la escena anterior, se acerca á ellas.) — ¡Yo no puedo sufrir esto! Vine aquí firme é irrevocablemente resuelto, creyendo obrar bien y sin reproche, y parezco odioso, feroz é inhumano, maldito y motivo de horror para todos aquellos á quienes amo, cuando puedo volverles la felicidad, siendo tan caros á mi corazón y viéndolos tan indignamente afligidos, con pronunciar sólo una palabra... Sublévaseme el corazón; en mi pecho resuenan dos voces contradictorias; nada veo, é ignoro en dónde esté la justicia. ¡Oh, bien y con verdad lo dijiste, oh padre, que yo me fiaba en demasía de mi corazón, porque ahora vacilo é ignoro lo que debo hacer!

LA CONDESA. — ¿Que lo ignoráis? ¿Nada os dice vuestra propia conciencia? Pues yo os lo diré. Vuestro padre ha cometido contra nosotros un acto de la más negra trai-

ción; ha puesto en peligro la cabeza del Príncipe, nos ha llenado de vergüenza, y claro es, por tanto, lo que debe hacer su hijo: reponer lo que con su acción criminal ha derribado, dar un ejemplo de lealtad y de compasión; y que el nombre de Piccolomini no sea un signo de oprobio, una perpetua maldición en la familia de Wallenstein.

MAXIMILIANO.—¿En dónde está la voz de la verdad, que yo he de seguir? Muévenos á todos el deseo y la pasión. ¡Ojalá que descendiera un ángel del cielo, y que hiciera brotar la justicia, clara y evidente, indicándome con su pura diestra la pura luz de donde emana! (Sus ojos se fijan en Tecla.) ¿Pero qué, todavía busco yo este ángel? ¿Espero acaso encontrar otro? (Acércase á ella y la abraza.) Aquí, en este corazón infalible, santo y puro, descansaré, interrogaré tu amor, que sólo puede dar la dicha, y alejarse del culpable desventurado. ¿Puedes amarme todavía, si yo me quedé aquí? Dime que sí, y soy vuestro.

LA CONDESA. (Con intención.)—Reflexionad...

MAXIMILIANO. (Interrumpiéndola.)—No reflexionad nada. Decid sólo cuál sea vuestro sentimiento.

LA CONDESA.—Pensad en vuestro padre...

MAXIMILIANO. (Interrumpiéndola de nuevo.)—¿No pregunto yo á la hija del Duque de Friedlandia, sino á tí, amor mío! La cuestión no versa sobre ganar una corona, en cuyo caso sería útil mostrarse prudente, sino sobre la paz de tu amigo, sobre la ventura de millares de heroicos y bravos corazones, que seguirán el ejemplo del primero. ¿Debo ser perjuro é infiel con el Emperador? ¿Debo disparar contra el campamento de Octavio el arma parricida? Porque hecho el disparo, no es la bala un instrumento ciego, sino vivo, porque la anima un espíritu funesto, el de las furias vengadoras del crimen, que la impulsan hábilmente hacia el blanco más sensible.

TECLA.—Oh, Maximiliano...

MAXIMILIANO. (Interrumpiéndola.)—No te apresures. Yo te conozco. El corazón noble podría considerar como deber más sagrado al más doloroso. Que no se cumpla el más grande, sino el más humano. Recuerda cuanto ha hecho por mí el Príncipe desde un principio. Recuerda también cuál ha sido la conducta de mi padre. ¡Oh! También los dulces y libres afectos de la amistad, del piadoso culto del corazón, constituyen una religión aparte, y la naturaleza se venga del barbaro, que los viola cruelmente. Pongo todo, pongo todo en la balanza, y que tu corazón decida y hable.

TECLA.—¡Oh! El tuyo lo ha resuelto ya hace largo tiempo. Sigue tu primer impulso...

LA CONDESA.—¿Desventurada!

TECLA.—¿Cómo podría dejar de ser el más justo el acuerdo primero de alma tan leal y tierna? Véte y cumple tu deber. Siempre te amaré. Sea cualquiera tu elección, siempre serás digno, y tu conducta digna de tí. El arrepentimiento no ha de contristar tu ánimo y tu dulce paz.

MAXIMILIANO.—¿He de abandonarte, pues! ¿He de separarme de tí!

TECLA.—Si eres leal contigo mismo, lo serás también conmigo, y si la suerte nos separa, nuestros corazones permanecerán unidos. Odio sanguinario dividirá siempre á las familias de Piccolomini y de Friedlandia, pero nosotros dos no pertenecemos á ellas... ¡Véte! ¡Corre, corre! ¡Divorcia tu buena causa de la nuestra desventurada! La maldición divina ha caído sobre nuestra cabeza, consagrada á la muerte. La falta de mi padre me arrastrará también al abismo. No deploras mi suerte, que el destino habrá de decidirla en breve. (Maximiliano, profundamente conmovido, la estrecha entre sus brazos. Se oyen detrás de la escena gritos feroces, que resuenan largo tiempo, de ¡viva Fernando!, con acompañamiento de música militar. Maximiliano y Tecla se mantienen estrechamente abrazados.)

ESCENA XXII.

Los mismos y TERZKY.

LA CONDESA. (Saliendo á su encuentro.)—¿Qué era eso? ¿Qué significaban esas voces?

TERZKY.—¿Todo inútil! ¿Todo se ha perdido!

LA CONDESA.—¿Cómo? ¿Y su presencia no hizo efecto en ellos?

TERZKY.—Ninguno. ¡Pena inútil!

LA DUQUESA.—¿Prorrumpieron en vítores...?

TERZKY.—Al Emperador.

LA CONDESA.—¿Oh, cuán olvidadizos de sus deberes!

TERZKY.—Ni lo dejaron hablar siquiera. Cuando comenzó, lo hicieron callar con gritos de guerra... Aquí viene.

ESCENA XXIII.

LOS MISMOS.—WALLENSTEIN, acompañado de ILLO y BUTLER, y después CORACEROS.

WALLENSTEIN. (Al entrar.)—¿Terzky!

TERZKY.—¿Mi Príncipe!

WALLENSTEIN.—Que se preparen nuestros regimientos á marchar hoy, porque abandonaremos á Pilsen antes de la noche. (Vase Terzky.) ¡Butler!

BUTLER.—¿Mi General!

WALLENSTEIN.—El comandante de Egra es vuestro amigo y compatriota. Escribidle inmediatamente, y enviadle un

correo, para que se prepare á recibirnos mañana en la fortaleza. Nos seguiréis con vuestro regimiento.

BUTLER.—Así se hará, mi General.

WALLENSTEIN. (Interponiéndose entre Maximiliano y Tecla, que durante este tiempo continúan abrazados.) ¡Separaos!

MAXIMILIANO.—¡Oh Dios! (Coraceros con las armas en la mano entran en la escena, y se reúnen en el fondo. Oyése debajo una marcha alegre de los soldados de Pappenheim, como si llamasen á Maximiliano.)

WALLENSTEIN. (A los Coraceros.)—Aquí está. Es libre. Yo no lo detengo ya. (Colócase de tal modo en la escena, que Maximiliano no puede acercarse á él ni á su hija.)

MAXIMILIANO.—Me odias y te separas colérico de mí. Roto esta el vínculo de nuestra antigua amistad, violenta, no dulcemente, y, siendo doloroso ese rompimiento, exacerbas aún más mi dolor. Sabes que no he aprendido todavía á vivir sin ti... El desierto se presenta delante de mí, y cuanto me es caro en el mundo se queda aquí. ¡Oh, no apartes de mí tus ojos! ¡Déjame por última vez ver tu rostro amado y respetable! No me rechaces... Quiere coger su mano, y Wallenstein la retira. Vuélvese entonces hacia la Condesa.) ¿No hay aquí mirada alguna de compasión hacia mí?... Tía Terzky... (Ella se aleja de él; vuélvese hacia la Duquesa.) Madre venerable...

LA DUQUESA.—Andad, Conde, á donde el deber os llama... Así podréis ser algún día para nosotros cerca del Emperador un fiel amigo, nuestro buen ángel.

MAXIMILIANO.—Me dejáis alguna esperanza, y no queréis desesperarme del todo. ¡Oh, no me engañéis con vanas ilusiones! Cierta es mi desventura, y gracias al cielo que me ofrece un medio de terminarla. (Comienza de nuevo la música guerrera. La escena se llena más y más de soldados armados. Ve entre ellos á Butler.) ¿Estáis también aquí, coronel Butler?... ¿Y no queréis seguirme?... ¡Bien! Sed más fiel á

vuestro nuevo señor de lo que lo habéis sido al antiguo. ¡Venid! Prometedme, dadme vuestra mano como prenda de que defenderéis su vida y la conservaréis ilesa. (Butler se la rebusa.) La proscripción del Emperador pesa sobre él; y su noble cabeza queda á merced de cualquiera vulgar asesino, que quiera ganar una vil recompensa por su crimen. Ahora, pues, necesita más que nunca de la solicitud piadosa del amigo, de la mirada vigilante del afecto... y los que observo á su rededor al separarme... (Mirando con recelo á Illo y Butler.)

ILLO.—Buscad traidores en el campamento de Gallas y de vuestro padre. Aquí no hay más que uno. Marchaos y libradnos de vuestra presencia odiosa. ¡Andad! (Maximiliano intenta acercarse otra vez á Tecla, y Wallenstein lo impide. Permanece indeciso y lleno de afición: la escena se llena de soldados más y más, y las trompetas suenan más y más, llamándole, y con intervalos más breves.)

MAXIMILIANO.—¡Tocad, tocad!... Ojalá fuesen las trompetas suecas, y de aquí fuera yo á los campos de la muerte, y todas las espadas, que están aquí desnudas, atravesaran á un tiempo mi pecho. ¿Qué queréis? ¿Venís á arrancarme de aquí?... ¡Oh! ¡No me desesperéis! ¡No lo hagáis! Quizás os pesaría. (La sala se llena completamente de hombres armados.) ¡Todavía más? Los soldados se unen á los soldados, y su muchedumbre me arrastra consigo. Reflexionad en lo que hacéis. No está bien que elijáis por jefe á un desesperado. Me priváis de mi ventura. ¡Bien! Yo consagro vuestras almas á la Diosa de la venganza. Me habéis escogido para causar vuestra propia ruina, y sabed que quien me acompaña ha de estar pronto á morir! (Mientras se vuelve hacia el fondo, los coraceros se mueven con rapidez, lo cercan y acompañan con grande algazara. Wallenstein permanece inmóvil, y Tecla se desmaya en los brazos de su madre. Caen el telón.)

ACTO IV.

Casa del burgomaestre en Egra.

ESCENA PRIMERA.

BUTLER, que llega.

Dentro está. Su destino lo trae. El puente levadizo ha caído detrás de él, y puesto que por él ha entrado y cayó ya, no le queda medio alguno de salvación. Hasta aquí, Friedlandia, y no más allá, dice la Diosa del destino. Tu brillante meteoro se elevó desde la tierra de Bohemia, dejó en el cielo refulgente huella, y se pondrá aquí también en la Bohemia... ¡Tú has sido perjuro con tus antiguas banderas, y confías ciego, sin embargo, en tu antigua fortuna! Armas tu mano criminal para llevar la guerra á los dominios del Emperador, y devastar el santo hogar de los lares domésticos. ¡Vive alerta! El espíritu de la venganza te deslumbró... ¡que la venganza no te pierda!

ESCENA II.

BUTLER y GORDON

GORDON.—¿Sois vos? ¡Oh! cuanto deseaba oiros. ¿El Duque un traidor? ¡Oh, Dios mío! ¡Y fugitivo! ¡Y su noble cabeza proscrita! Suplicoo, mi General, que me contéis prolijamente cómo ha sucedido todo esto en Pilsen.